

ó pende de algo más íntimo; de la textura misma de las grandes capitales, en todas las cuales, visible ó recatada, hace estragos la miseria? Porque en París y en Londres no importunan los mendigos, pero existen barrios enteros de miserables, antros de vicio y crimen, calles donde la policía reconoce su impotencia para evitar que sea desbalijado el que se atreve á cruzarlas, y por escondida, no es menos tremenda la plaga en esos emporios del mundo civilizado. En la capital española, la cuestión se complica por la especie de conmiseración simpática que infunde el vagabundo. Hay un sentimiento de involuntaria transigencia con la mendicidad; se protesta y se acaba por sacar la monedilla de cobre. Hay además la idea de que esto de mendigar es cristiano, y nadie sabe que los primeros en prohibir la vagancia mendicante fueron los Concilios, uniéndose á los reyes, que en sus edictos estatúan penas severísimas contra los pordioseros y vagos. Y no sólo contra ellos; porque, anticipándose al criterio y opinión de escritores sociológicos de tanta valía como Heriberto Spencer, el Parlamento de París llegó á castigar con multas, no al que pedía, sino al que daba limosna en la calle. Y no sólo en la legislación francesa, sino en las de muchos países europeos, la mendicidad y la vagancia forman parte de la delincuencia. Lógicamente, dentro de la ley, no puede consentirse la mendicidad pública; pero se consiente, de hecho, en Madrid, en proporciones muy alarmantes.

\* \*

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Madrid no hay bombas, en buen hora lo digamos, y no sea castigada la arrogancia por algún escarmiento imprevisto; no hay bombas, al menos como fenómeno constante... Pero hay una plaga de mendigos, que ya se pierde la esperanza de desterrar nunca. Una plaga extendida por todas las calles, plazas y plazuelas, con la misma regularidad con que brotan las malas hierbas en un campo abandonado por el cultivador. Plaga insufrible, hedionda, muy afrentosa para una capital que es corte; y plaga contra la cual nada pueden las buenas intenciones de los más excelentes alcaldes. Debe de ser imposible corregir esto de la mendicidad, cuando, hallándose al frente de la corporación municipal hombres de reconocida competencia, de actividad innegable, del mejor deseo, lejos de adelantar un paso, dijérase que cada día estamos peor; que cada año nos parecemos más á la España mendicante, descrita por los viajeros de fines del siglo XVII.

\* \*

Yo á veces doy en creer que estos aparentes mendigos son en realidad gentes de la policía secreta románticamente disfrazados. Porque apenas os detenéis en la vía pública y trabáis conversación con alguien, tenéis de escuchas á dos ó tres mendigos, que no pierden sílaba de lo que habláis. La postulación de estos pedigüeños de la villa y corte se basa en la molestia. Cuanto más molestan, más eficaz es su acción para obtener el limosneo. Y convencidos de tal verdad, ponen en práctica con el transeunte el sistema del *mendigo* de Espronceda:

«Le persigo  
hasta que mira,  
me complazco  
cuando aspira  
mi punzante  
mal olor.»

Los pedigüeños de Madrid se acercan pegajosamente; meten las manos por los vidrios de los coches; se agarran á las portezuelas; imponen la contemplación de su indumentaria y la aspiración de su hálito vinoso; no dejan comprar en una tienda, mirar un escaparate, saludar á un amigo; y claro es que acechan el momento en que un pañuelo se cae de la mano, ó un portamonedas asoma fuera del bolsillo, para ejercer la otra faz de su oficio, y pasar de mendigos á descuidados. Estrecha relación existe siempre entre las dos profesiones, según puede verse en los estudios de antropología y sociología consagrados á esta espuma del hampa matritense, y situado fuera de la normalidad del trabajo, el mendigo está también fuera de la ley, que desdeña, sediento de libertad, persuadido de que tiene derecho á apoderarse de cuanto encuentre al alcance de sus uñas.

\* \*

¿Cabe extirpar el tumor de la mendicidad en Madrid? ¿Es esta una cuestión sencillamente de dinero,

Un libro nuevo del Padre Coloma, *Jeromín*, relato histórico que tiene todo el encanto de una novela, hace resurgir del olvido cada vez mayor en que van cayendo nuestras altas figuras históricas, la de don Juan de Austria.—La época que revive para nosotros en la amena obra del jesuita, es quizás la más interesante de la historia patria, porque reúne el atractivo de lo grandioso y magnífico al estímulo del misterio. Es la época de Lepanto y del asesinato de Escobedo, de la rebelión de los moriscos y de la privanza de Antonio Pérez. A veces, la lucha gigantesca empeñada entre la cristiandad y el turco nos importa menos que las enredadas y sombrías intrigas de corte que se resuelven en una estocada traidora, al obscurer. La sensación que deja el libro es la de una vida intensa, efervescente, diferentísima del amodorrado vivir que, después de la muerte de Felipe II, empezó para España.

Hay que alabar mucho en el libro del Padre Coloma, y en especial, la sencillez del estilo, sin pretensiones de colorismo, pero que nunca degenera en sequedad y aridez. El estilo de esta obra del Padre Coloma no se propone sino servir de envoltura á los sucesos, dándoles forma perfectamente inteligible y además atractiva; y este objeto lo consigue plenamente, porque no habrá un lector que sienta fatiga ni que suelte el libro por descansar de los primores de la dicción y bellezas de la forma, caso más frecuente de lo que se cree. Sin ser descuidado ni flojo, el estilo de *Jeromín* es corriente, natural y claro, con ligeros dejos de arcaísmo, fruto de las lecturas en que ha tenido que empaparse el autor para estudiar el asunto; ni difuso, ni cortado; ni recargado, ni árido, se presta bien al desarrollo de la biografía interesantísima del glorioso bastardo de Carlos V.

\* \*

El comienzo de la narración está hecho con arte de novelista: el niño D. Juan, ó mejor dicho, el niño Jeromín, que después se llamó D. Juan de Austria, aparece jugando á «moros y cristianos» con otros cachidiablos de su edad, en las huertas de Leganés, donde acuden á buscarle para conducirlo hacia su destino, que entonces se creía fuese conventual, pero que el muchacho sentía que era militar, «soldadico y no fraile.»

Y en ese destino, enlazado tan estrechamente con el de la patria, la única figura de mujer que aparece ejerciendo decisiva influencia es la de la madre adoptiva doña Magdalena de Ulloa. La maternidad concentrada en el corazón de esta gran mujer, que no tuvo hijos de sus entrañas, se desbordó al serle confiado el cuidado y primera educación del precioso niño de ignorado nacimiento, que su marido, D. Luis Quijada, le arrojó á los brazos. Mientras la madre verdadera y natural de D. Juan de Austria, divertida allá en Flandes, no se acuerda del hijo, la española le ofrece ese cariño tan necesario al hombre, que ningún otro lo puede reemplazar.

Entre las varias reflexiones que sugiere esta primera etapa de la vida de D. Juan, cuando le envuelve el misterio y nadie, ni aun los que le asisten, prohi-

jan y educan, conoce su origen, hay una que no es favorable á la edad en que vivimos. Si hoy sucediese un caso análogo al de D. Juan, difícilmente se encontrarían personas capaces de guardar reserva y mantener desconocido el imperial vástago, como se mantuvo el pupilo de D. Luis Quijada. Tiempo les hubiese faltado, á los que conociesen ó rastreasen algo del secreto, para divulgarlo á los cuatro vientos, para propagarlo en telegramas y artículos de reportaje, para comentarlo de cien modos, con ilustraciones gráficas y con hinchazones efectistas... La fama de Carlos V hubiese sido empañada por la divulgación intempestiva de una debilidad humana disculpable, y un escándalo europeo más sazónaría con su pimienta rabiosa las columnas de los periódicos y las murmuraciones de los «círculos...» ¡Tiempo noble y feliz, en que tales «círculos» no existían, y en que la gente callaba aquello que la lealtad y la honra mandan que se calle! El incógnito de don Juan fué perfectamente guardado, y el niño se crió en modestia, paz y obediencia, para revelarse luego en gloria, guerra y energía, á toda la altura de su genio de conquistador y defensor de la patria.

\* \*

Realzan la figura de D. Juan sus proezas de todos conocidas y sus victorias nunca bastantemente ensalzadas; pero el mayor prestigio de este héroe consiste en lo que tuvo de frustrado y de malogrado, no por propios desfallecimientos, sino por ajenas mezquindades y miserias. La fatalidad, que ha perseguido á España en su desarrollo histórico, dispuso que, así como á los Reyes Católicos se les murió el hijo inteligente y lleno de porvenir, y les vivió, para suceder en el trono, la hija maniática é incapaz, á Carlos V le naciese antes, y de legítimo lazo conyugal, el príncipe más débil y sugestionable que prudente, que se llamó Felipe II, y después, y de ilícita intriga, el hombre casi perfecto, de generoso espíritu y constancia á toda prueba, que se llamó D. Juan de Austria. Y la fatalidad quiso también que á Felipe II le hiciese sombra su hermano, que desconfiase de él, y le cerrase los caminos por donde pudo llegar á alcanzar el poderío español de un modo definitivo en Europa, realizando aquella sumisión del reino de Inglaterra á la corona de España, empresa que sólo don Juan era capaz de acometer, y que los celos fraternales le estorbaron. Tal vez nuestra suerte, el giro del eje de la historia patria, estuvieron en que D. Juan fuese D. Felipe, y D. Felipe D. Juan. Que tal es la acción del individuo sobre el conjunto, y tal el influjo de una personalidad sobre los sucesos. La pálida pasión de la envidia, la negra enfermedad de la sospecha y del recelo, nos trajeron, años después, cuando ya D. Juan de Austria dormía el sueño eterno, el desastre de la *Invencible*, del cual nunca nos repusimos, y que no hubiese acaecido á vivir el invencible de Lepanto y el marqués de Santa Cruz... El rey, que había amargado la existencia de D. Juan de Austria, acometió tal empresa creyendo que con enviar barcos y más barcos reemplazaba el alma única del gran capitán que fué su hermano... Quizás al recibir, en su austero retiro del Escorial, la funesta noticia de la pérdida de la Armada, un recuerdo de pesar y de remordimiento trajó á la memoria de Felipe II á aquel hermano insigne en mar y en tierra, al que deshizo á turcos y moriscos, al que murió abrasado tal vez por el veneno y seguramente por el deseo de atajar la expansión del poder de Inglaterra, más peligroso y temible ya que el de Turquía. Acaso, dentro del corazón incierto de Felipe II—pues este monarca, en vez de férrea voluntad, sólo tuvo indecisiones y fluctuaciones, disimuladas por una rigidez cancelleresca y por resoluciones demasiado violentas, de impulsivo, de flaco de alma—se alzó la sombra gallarda, venerada en los campamentos, de D. Juan, y con ella ese melancólico pesar de lo que debimos hacer y no hicimos, que es uno de los más hondos dolores íntimos que cabe sufrir... Con don Juan se habían ido al sepulcro las esperanzas españolas, cerrándose la era de nuestra prosperidad y abriéndose la era negra que, lentamente ó con precipitación dramática, nos condujo á la decadencia ya irremisible. Y como presentimiento ó como percepción bien definida, el monarca ya viejo y enfermizo probablemente lo comprendió, mientras le azotaba la sien el cierzo agudo y cortante de la sierra, y el sol se ponía detrás de los altos picachos, y á lo lejos las esquilas de los pastores temblaban, como argentinas lágrimas, entre la solemne tristeza de un crepúsculo castellano, que derrama su ceniza fina, tamizada, pausada, sobre la tierra reseca y amarillenta, muda ya porque viene la noche...

EMILIA PARDO BAZÁN.